

los cambios o rechazarnos por alguna diferencia de color o religión. Diariamente me digo: “Busca la fuerza en tus nuevas resoluciones, ahora el feminismo te abre la puerta a la autoestima, donde podrás encontrar esa aceptación intelectual que tanto has anhelado”.

Sí, el mundo está cambiando gracias a mujeres que no tuvieron miedo a salir a las calles, que no les importó ser rechazadas por sus ideologías o sus diferencias raciales o sexuales.

Los sacrificios hechos por las activistas no han sido vanos, ahora podemos observar cómo más mujeres llegan a alcanzar trabajos de alto nivel, compitiendo abiertamente en negocios, política u otros. Bien por ellas y por tantas que seguimos escalando y preparándonos para así también educar a las siguientes generaciones de hombres y mujeres sobre lo que es la igualdad, el respeto y aceptación de poder ser diferente.

Yo soy feminista.

MA. CANDELARIA OCHOA ÁVALOS  
**LA TRAMPA DE LOS  
HOMBRES OPRIMIDOS Y  
LAS MUJERES VÍCTIMAS**

Badinter, Élisabeth. *Hombres=Mujeres*. FCE, México, 2003.

Lo primero que hay que reflexionar cuando leemos el texto de Badinter es lo siguiente: ¿estábamos o hemos estado en el camino equivocado? Ella trata de responder que el camino equivocado es no entender las ganancias reales para las mujeres del activismo feminista en las tres últimas décadas y es que permanece el que las mujeres continúen asumiendo las tres cuartas partes de las tareas familiares y del hogar y que, a pesar del discurso sobre la igualdad, la mayoría de los hombres no juegan ni han jugado este juego.

Y quizá ahí está el fracaso de las feministas —me incluyo—, que el

discurso de la igualdad, aparejado de la globalización, ha representado una carga mayor de trabajo, desempeñar los peores empleos, ser las primeras que despiden y los bajos salarios que reciben en comparación con los hombres por desarrollar un trabajo igual. Entonces, ¿qué ha sucedido?, ¿en qué nos hemos equivocado?

Continuamos contando (numéricamente) las mujeres que han alcanzado alguna posición de poder y lo peor es que nos alcanzan los dedos de la mano para decir que sólo hemos tenido en la historia de México tres (3) gobernadoras, tres (3) secretarías de primer nivel en el gobierno federal; en fin, no quiero volver al mismo cuento de contar, cuentas que son de vergüenza, sino reflexionar sobre los cuestionamientos de Élisabeth Badinter en este texto que nos presenta y que paradójicamente podría llamarse *Hombres igual a mujeres* u *Hombres diferentes a las mujeres*, un juego en el signo de

igual/diferentes que aparece en la portada de la traducción al español.

La autora nos previene de tener cuidado cuando aparentemente el discurso feminista de la igualdad convierte a las mujeres en las eternas víctimas y, por ello, se corre el riesgo de malinterpretar la urgencia de los combates a emprender. Para ella, las nuevas generaciones *escuchan* de otra manera esa imagen de la mujer oprimida e indefensa. Y reflexiona sobre cuáles han sido los verdaderos avances logrados después de quince años.

Para ella, este discurso feminista matizado ha olvidado la demanda por la libertad sexual y ha hecho resurgir el mito del instinto maternal, sin que nadie lo cuestione; además, se ha diluido el discurso sobre la autonomía de las mujeres y ello, dice la autora, porque existe un *continuum* en seguir operando desde un discurso de la maldad de los hombres y la victimización de las mujeres. Pone de

ejemplo el acoso sexual y la violencia contra las mujeres, que de manera brillante alumbra nuevas vetas de estudio y análisis para quienes decimos que nos dedicamos a estos temas. Reivindica que estos dos temas hayan salido a la luz pública, se reconozcan como delito y que se denuncie para acabar con él; sin embargo, nos previene de hacer afirmaciones como que toda la violencia sexual contra las mujeres tiene el mismo fin: la opresión de las mujeres, ya que para ella no es lo mismo un manoseo que la violación por un sujeto que amenaza con un arma, porque las reacciones ante estos hechos son distintas. Eso no quita que ambos puedan configurar un delito, pero la autora considera que se ha sustituido la condena de los abusos masculinos por la condena incondicional del sexo masculino: ella, impotente y oprimida, y él, violento, dominador y explotador, y se pregunta cómo salir de esta trampa.

La lucha contra el esencialismo ha sido muy importante para reconocer la existencia de *las mujeres*, múltiples y diversas; igualmente, debería suceder con la masculinidad no como universal que se perpetúa, sino *masculinidades* que se expresan en tiempos y espacios diversos y cuestionar esa idea maniquea de lo femenino identificado con lo bueno y lo masculino con lo malo, ya que ello, según Badinter, ha permitido que subrepticamente el ideal de lo materno reaparezca para justificar una supuesta superioridad moral de las mujeres: más honestas, buenas, incondicionales, etcétera.

Pero, ¿qué dice el feminismo sobre la violencia femenina? Según la autora, pocos se interesan en ella, ya que pone en peligro la imagen que las mujeres se forman de sí mismas. La prensa es quizá el medio que se ha encargado de cobrarles socialmente a las mujeres las desvirtuaciones de la maternidad, pero a una

reflexión feminista ciertamente aún no llegamos y cuando se ha querido reflexionar sobre el ejercicio de la violencia femenina en crímenes de guerra o genocidios, se dice que lo hicieron motivadas por alguien, sin cuestionar si hubo en ellas algún deseo de naturaleza sádica. La violencia doméstica contra los hombres, aun cuando los casos sean menores, es una realidad y la autora nos propone reflexionar para entender que existen hombres del lado de las víctimas y mujeres del lado de los verdugos u hostigadores y es que la situación de muchos de ellos es muy parecida a la de las mujeres, ya que parecen confiar en que su situación se va a arreglar y se mantienen apegados a quien los hostiga; pero, contrariamente a las mujeres, disponen de una fuerza física que podría protegerlos y de la que raramente se valen.

Por otro lado, la autora también plantea la violencia contra los hombres en el caso de la paternidad impuesta.

Ciertamente es un avance que los hombres ya no procreen irresponsablemente o contra la voluntad de las mujeres, pero imponerle la paternidad a quien la ha rechazado es, para la autora, una ofensa moral.

Badinter nos dice que no sólo los hombres son celosos, mal educados y tiránicos, y que reconocer la existencia de la violencia femenina no es minimizar lo importante de contener la violencia masculina y la ayuda a las víctimas; pero, diría yo, todo en su justo término, ya que el feminismo no puede seguir ignorando la violencia femenina y el poder que ejercen las mujeres.

Algunos de los trabajos feministas en el campo de la educación y la identidad han propuesto que desde pequeños, los niños y las niñas compartan los mismos juguetes, actividades y objetos de identificación; sin embargo, Badinter considera esto como peligroso, ya que para ella el aprendizaje de la identidad sexual es

vital y no debe verse como sufrimiento, sino como la posibilidad del encuentro con el otro sexo. Considera que la semejanza entre los sexos está al final del camino y no al comienzo; para ella, es equivocado pugnar por la semejanza de los sexos justamente donde no existe. Uno es el Otro a condición de que persistan Uno y Otro.

Me parece de sumo interés el cuestionamiento que hace Badinter al feminismo, que ella denomina el retorno de lo biológico: la maternidad, el amamantamiento y que, contrariamente a lo que se quiere hacer notar, la diferencia sexual es poca cosa comparada con la diferencia social. Nos previene del regreso del discurso maternalista, donde el “instinto maternal” vuelve a cobrar importancia, frente a las interrogantes antes planteadas de su existencia y validez y las campañas sin precedentes a favor de la leche materna, que les recuerda a las mujeres su pa-

pel en el desarrollo de la prole y al que ellas responden *felices* en un supuesto reconocimiento de ese rol materno. Al respecto, la crítica aguda de Badinter es la siguiente: ¿por qué no se elevó ningún alegato feminista que combatiera esta supuesta evolución tan regresiva? Y se pregunta: ¿No sería más exacto comprobar que la naturaleza “propone” y la mujer “dispone” en función de su historia, de sus deseos e intereses personales?

Finalmente, la autora apunta a una relación sumamente conflictiva entre la crisis económica y el retorno implícito o explícito del instinto maternal, que ha tenido efectos devastadores sobre la igualdad entre los sexos. La política del salario maternal, subsidio otorgado a las mujeres para que abandonaran el empleo y se dedicaran a *criar* a sus hijos y al que acudieron las más desprotegidas, con peor formación profesional, con condiciones de trabajo difíciles y para las cuales el costo del cuidado

de sus hijos era imposible, además de las que consideraban que serían mejores madres estando en su casa y no afuera. Sin embargo, la experiencia demostró años más tarde que estas mismas mujeres fueron las que se hallaron desempleadas al querer regresar al mundo laboral, que eran totalmente dependientes de sus parejas y que ahora son las protagonistas del trabajo parcial, mal pagado y con horarios imposibles; son el batallón que recibe los salarios más bajos y tiene los mayores índices de desempleo, contrario a lo que hubiera sucedido si se les hubieran ofrecido guarderías, pues tal vez hu-

bieran podido seguir trabajando y escapar de la precariedad.

Este discurso maternalista apuesta a las mujeres como la solución milagrosa para conciliar la vida familiar y la vida profesional, que libera a los hombres de las cargas que se les quería compartir y, como dice Badinter, los sostenedores del *instinto maternal* son los más furiosos defensores del trabajo de las mujeres a tiempo parcial.

Treinta años de activismo feminista y no logramos trascender la opción exclusiva de “familia o profesión”, a pesar de que optar por la primera perjudica de manera significativa la autonomía de las mujeres.